

día más crítica. Desde que los progresos de los lombardos en Italia habían cortado las comunicaciones entre el exarca de Rávena y el ducado de Roma, la Ciudad Eterna no podía contar ya más que con la abnegación infatigable de sus Pontífices. El Emperador de Bizancio había descargado en ellos todos los deberes que le correspondían, aunque continuaba reivindicando sus derechos de soberanía sobre Roma. Esta extraña y onerosa división de las atribuciones reales, que no querían en los francos, los Papas la aceptaron para sí con una abnegación superior a todo elogio. Durante más de un siglo sostuvieron ellos solos el peso abrumador de una administración llena de dificultades y de una lucha cada vez más intensa contra los conquistadores bárbaros. Los señores de Bizancio, despreocupándose de los problemas de Occidente, que cargaban sobre sus mandatarios oficiosos, sólo tuvieron la grata ocupación de cobrar los tributos de Italia y darle órdenes. La popularidad que rodeaba a los Papas y el conocimiento que ellos mismos debían tener de sus fuerzas, les hicieron continuar tan humildes como antes frente a los Emperadores de Bizancio, y no cambiaron de lenguaje más que cuando estos señores indignos se pusieron a perseguir a un pueblo que habían renunciado a proteger.

Cosa inaudita y que la historia no podría señalar con desprecio suficiente: Bizancio, que no tenía ya soldados que enviar a Roma, tuvo el valor de enviarle verdugos; cuando los oficiales del Emperador aparecían dentro de los muros de la ciudad, era para arrebatarse a los pastores de en medio de su pueblo y entregarlos al destierro o a la muerte. Así es como en el siglo VI Silverio y Virgilio fueron arrastrados de provincia en provincia como viles malhechores y espiraron lejos de su rebaño; así es como en el siglo VII San Martín había ido a morir de miseria a Cherson, por haber defendido la integridad de la fe contra un Emperador hereje. Fué el último Papa que los romanos se dejaron arrancar, pues poco tiempo después se levantaban con indignación para arrojar a los esbirros que venían a prender a Sergio y a Juan VI¹. Roma, rechazando a los ejércitos del Emperador y alineándose en torno a los Papas, ¿qué era sino el poder temporal de los Papas saliendo de las aclamaciones populares como suprema necesidad social?

Pero la extraordinaria longanimidad de los obispos de Roma no quiso sacar partido de esta situación, y los romanos, gracias al Papa, permanecieron bajo la autoridad de los Emperadores. Se deja-

¹ *Liber Pontificalis* LXXXVI, Sergio; LXXXVII, Johannes VI (Duchesne).

ron contener igualmente por el Papa Constantino, cuando el año 713 rechazaron de su ciudad al duque bizantino que venía a tomar posesión de ella en nombre de un príncipe hereje. Aunque quedaron victoriosos, se ablandaron a la voz del Pontífice y consintieron en conservar el yugo que acababan de sacudir¹.

Sólo que esta vez se había colmado la medida, y se desbordó cuando aparecieron los edictos iconoclastas de León el Isáurico. Volvieron entonces las persecuciones de los días malos; la sangre cristiana comenzó a correr de nuevo, y la Iglesia de Sicilia registró nuevos nombres en su martirologio. La población, exasperada y herida en sus sentimientos más caros, perdió la paciencia; se levantó por todas partes, asesinó a los oficiales imperiales, y ya iba a ser proclamada en toda Italia la deposición del Emperador, cuando intervino el Papa. Gregorio II, que poco antes había estado a punto de perecer víctima de una conspiración urdida contra su vida por los bizantinos, dió ejemplo de poseer un alma casi sobrehumana apaciguando a los pueblos y restableciendo la autoridad imperial casi totalmente destruída². Por tales prodigios de fidelidad aun hacia los señores más injustos era como los soberanos Pontífices glorificaban a la faz del mundo la doctrina evangélica, de la que eran guardianes incorruptibles. Pero estaba decretado que su heroica abnegación no había de aprovechar a nadie más que a ellos mismos; en efecto, sólo por amor al Papa consintieron los italianos en volver a la obediencia, y desde entonces se manifestó que el Papa era el verdadero soberano de un pueblo sobre el cual ejercía tal ascendiente.

La situación política de Roma y de su ducado presentaba, pues, analogía notable con la del Imperio franco antes de la coronación de Pipino; en una y otra parte el soberano nominal había dejado de ejercer el poder, y el verdadero soberano no llevaba tal nombre. Esta situación antinatural no podía durar, y la Providencia lo resolvió todo con una especie de ironía divina, haciendo servir a la elevación del Pontificado a aquellos mismos lombardos a quienes el Pontificado consideraba, y con razón, como sus enemigos más peligrosos. Ya el año 741, Gregorio III había implorado para sus apu-

¹ *Liber Pontificalis* XC, Constantinus.

² *Omnis quoque Ravennae exercitus vel Venetiarum talibus jussis uno animo restiterunt, et nisi eos pontifex prohibuisset, imperatorem super se constituere sunt adgressi.* PAULI DIACON., *Hist. Longob.*, VI, 49.

Cognita vero imperatoris nequitia, omnis Italia concilium iniit, ut sibi eligerent imperatorem et ducerent Constantinopolim; sed compescuit tale concilium Pontifex, sperans conversionem principis... Ne desisterent ab amore vel fide Romani imperii admonebat. *Liber Pontificalis*, XCI, Gregorius II.

ros el socorro de Carlos Martel; pero la muerte de éste había frustrado tales proyectos, y la habilidad del Papa Zacarías había conjurado por lo pronto el peligro, aunque reapareció en seguida más tremendo que nunca. En efecto, llegó un día en que estos bárbaros, apoderados de todo el exarcado y, finalmente, de la misma Rávena, marcharon de nuevo contra la Ciudad Eterna (año 752). El Papa lanzó por última vez un grito de angustia hacia Bizancio, pero aquel supremo llamamiento no tuvo eco entre los cobardes tiranos del mundo imperial. Entonces, teniendo que escoger entre la salvación de un pueblo abandonado por sus defensores naturales y la alianza con los francos, Esteban II, sobre quien pesaba la responsabilidad de la Iglesia universal, levantó su ánimo a la altura de su deber, y se dirigió resueltamente a Pipino el Breve. Para dar más fuerza a su gestión cruzó los Alpes y se presentó él mismo en la corte de este príncipe franco. Era el paso del Rubicón del Pontificado. La descalificación del Emperador de Bizancio se consumaba, así, el día en que el más fiel de sus súbditos, amenazado por la invasión de los bárbaros, volvía para siempre la espalda a Constantinopla y se iba, con los ojos llenos de lágrimas, a buscar entre los dominadores de la Galia un patricio de los romanos.

El viaje de Esteban II cambió el eje del mundo cristiano; el Occidente sustituyó al Oriente en el protectorado de la Iglesia, y desde entonces en adelante los destinos de la civilización moderna gravitaron, durante siglos, alrededor del pueblo franco y de su dinastía. Con la llegada del soberano Pontífice afluían a este pueblo el poder y el honor, y eran proféticas las palabras que le dirigía San Pedro por boca de su vicario: "*Hijos carísimos, bien os lo he advertido. Si os apresuráis a obedecer, vuestra recompensa será grande, porque, ayudados por mis auspicios, triunfaréis de todos vuestros enemigos, comeréis los bienes de la tierra en una vejez feliz y gozaréis de la vida eterna*"¹.

Pipino el Breve no vaciló; por dos veces acudió a Italia, arrojó sobre los lombardos las pesadas masas de los guerreros francos, acostumbrados a tantas victorias, libró a Roma de amenazas, volvió a reconquistar de manos de los invasores el exarcado de Rávena y la Pentápolis, sus últimas conquistas, e hizo donación de ellas al Pontificado. Los Papas aceptaron estas provincias que les regalaba el guerrero franco a título de restitución hecha a la república romana, que se confundía en su pensamiento con la Iglesia de Roma, cuyos supremos pastores eran ellos. En adelante, aunque sin tomar el tí-

¹ STEPHAN II, *Epist.*, a. 726, en el *Codex carolinus* (Jaffé).

tulo de reyes y sin dar a su autoridad carácter diferente del que había tenido siempre, se encontraron transformados en verdaderos soberanos temporales y colocados a la cabeza de un Estado independiente, parte del cual —el ducado de Roma— les pertenecía desde hacía largo tiempo, mientras la otra les era donada por un aliado victorioso. ¡Estado pacífico por excelencia: el único que no buscaba hacer conquistas, y que mil años más tarde conservaba casi los mismos límites que le habían sido señalados el día de su fundación! Este Estado patriarcal, que se gobernaba con el báculo en la mano, aparecía en medio de la Europa bárbara y sangrienta como el reino del príncipe de la paz, y Roma, la ciudad de la fuerza, era ahora la capital de la caridad.

He aquí cómo crecían paralela y conjuntamente, prestándose apoyo mutuo, las dos fuerzas sociales cuya unión había sido tan fecunda en beneficios. Nacidas ambas del origen más puro, debían su progreso a los servicios que habían prestado y también a esta intensa necesidad de orden y de justicia que atormentaba a las almas europeas, fatigadas del cesarismo romano y de la barbarie germánica. Su desarrollo, ligado íntimamente al del propio cristianismo, atestiguaba que el espíritu cristiano empezaba a apoderarse del mundo y a organizarlo por fin sobre la base de los principios eternos que le había traído. Los acontecimientos, sucediéndose de día en día, dibujaban con contornos cada vez más visibles las líneas principales de una civilización en la que los dos poderes, distintos por su naturaleza y por sus medios de acción, pero unidos en la prosecución del mismo fin, trabajarían de acuerdo en extender el reinado de la justicia y en apresurar el advenimiento del reino de Dios. Por primera vez reinaba semejante armonía en la sociedad humana. Evidentemente de ello iba a salir algo grande.